



LAS FLECHAS DE CUPIDO

Junto al charco cenagoso,
dolorido, fatigado,
y por el sol abrasado,
busca el búfalo reposo.

O vaga solo escondido
entre la hierba frondosa,
ó brinca por la terrosa
colina que el topo ha hendido.

Allá en abrupta ladera
que artero torrente roe,
bajo cúpulas de aloe
escogió su madriguera.

Monta en el potro salvaje
que jamás sufrió la brida,
y empéñate en la batida
si arde en tu pecho el coraje.

Pero no; que es más galano
galopar en la llanura:
vuelve hacia allí tu montura:
está más seguro el llano.

(La Casa.)

DUES señor: vivió en otro tiempo en Sin-
la una joven muy guapa, hija de un
pobre y honrado juez de distrito.

Era una buena muchacha, que ni tenía co-
nocimiento de su fuerza si usaba de ella.

Su madre, como toda madre que se estima, se preocupaba mucho del porvenir de la chica.

Cuando un hombre es comisionado, soltero, y tiene el derecho de lucir condecoraciones que parecen tortas de frutas y alhajas de oro y esmalte y de que todo el mundo le ceda el paso en todas las puertas, excepto un miembro del Consejo, el Teniente Gobernador y el Virrey, es una buena proporción: á lo menos, eso decían las señoras.

Había en Sinla un comisionado en aquellos días, que usaba y era todo lo que acabo de indicar. Un hombre llanote, feo, el más feo de Asia, salvo dos excepciones; con una cara que daba, á un tiempo mismo, miedo y deseo de ponerla como adorno de una pipa. Se llamaba Saggott; Barr-Saggott—Antonio Barr-Saggott, á lo que había que añadir seis letras (1).

Administrativamente, era uno de los hombres mejores, entre los que gobernaban la India; socialmente, era un gorila afectuoso.

Cuando se fijó en Miss Catalina Beighton, creo que la madre de ésta lloró de júbilo, pen-

(1) Los ingleses designan por letras mayúsculas, puestas después del apellido, sus honores, condecoraciones, etc.—(N. del T.)

sando en la suerte que al final de la vida le otorgaba la Providencia.

El Sr. Beighton no dijo nada: era un hombre muy acomodaticio.

Un comisionado es rico. Su sueldo supera los sueños de la avaricia; es enorme, puesto que se le permite arañar y ahorrar en forma que á un miembro del Consejo le desacreditaría completamente.

Aludo, hablando de ahorrar, á la mayor parte de los comisionados; porque Barr-Saggott era una excepción de la regla: se cuidaba como un rey; tenía hermosos caballos; daba bailes...; era un poder en la tierra y procedía como tal.

Téngase en cuenta que lo que estoy refiriendo es un suceso casi prehistórico en la historia de la India inglesa.

Algunos vivirán todavía que recuerden los tiempos en que, no habiendo nacido el lawn-tennis, todos jugaban al croquet.

Hubo épocas, antes de que el croquet se conociera, en las cuales—créanme ustedes—el juego del arco—resucitado en Inglaterra en 1844—era una calamidad tan grande como el lawn-tennis lo es ahora, y los inteligentes

hablaban de los lances, incidentes y tecnicismos del juego del arco, como ahora hablamos de los del lawn-tennis.

Miss Beighton tiraba tan admirablemente á la distancia de sesenta metros, máxima para las señoras, que se la consideraba la mejor arquera de Sinla y los hombres la llamaban la Diana de Tara-Devi.

Barr-Saggott se fijó mucho en ella y, como ya he dicho, el corazón de la madre hinchóse de orgullo.

La hija tomó la cosa con más tranquilidad. Le agradaba que un comisionado, con varias letras detrás del nombre, la distinguiera entre todas y que las demás muchachas rabiasen, pero esto no impedía que Barr-Saggott siguiera siendo fenomenalmente feo y que cuanto más quería acicalarse más grotesco pareciera. No sin razón le llamaban el *Langur*, es decir, el orangután gris.

A Catalina le divertía tener aquel hombre á los pies; pero pensaba que era mucho mejor huir de él y pasear á caballo con Cubbon, perteneciente al regimiento de dragones de Umballa, chico guapo, aunque sin porvenir, y que le gustaba bastante.

En cuanto á Cubbon, ni por un momento pretendió más que amarla desde los pies á la cabeza: era un mozo honrado.

Catalina huyó, pues, varias veces de los ostentosos galanteos de Barr-Saggott para buscar la compañía de Cubbon, conducta que su madre censuraba agriamente.

—Pero, mamá — decía Miss Beighton — Mr. Saggott ¡es... tan... tan espantosamente feo...!

—Querida mía—replicaba Mrs. Beighton, llena de unción—nadie puede ser sino lo que la Divina Providencia le ha hecho. Además, debes tener en cuenta los precedentes y seguir el ejemplo de tu madre. ¿Entiendes? Vamos, piensa en esto y sé razonable.

Catalina adelantó su linda barbilla haciendo un mohín, y dijo las cosas más irrespetuosas respecto á los precedentes, á los comisionados y al matrimonio.

Mr. Beighton se limitó á rascarse la frente... ¡era un bendito!

Al final de la estación, juzgando que el momento había llegado, Barr-Saggott desenvolvió un plan que dió mucho relieve á sus poderes administrativos. Concertó una partida, en

29157

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RUIZ"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

la cual las señoras tirarían al blanco con los arcos, siendo el premio de la vencedora un magnífico brazalete con un brillante colosal.

Las condiciones de la lucha las redactó con tal habilidad, que todo el mundo vió que el brazalete era sencillamente un obsequio para Miss Beighton, puesto que la aceptación de la alhaja llevaba consigo la obligación de aceptar también la mano y el corazón de Barr-Saggott.

El lugar designado para tirar al blanco era el hipódromo de San Leonardo; el número de puntos treinta y seis y la distancia sesenta metros, estando encargada de dirigir el combate la Sociedad *Toxophilítica*.

Todo Sinla fué invitado, y en el lugar donde actualmente se levanta la tribuna principal, bajo los cedros de Annandale, se colocaron, adornadas con gusto y riqueza, gran número de mesas, en las cuales habría de servirse el té.

Aparte, solo, brillando esplendoroso bajo los rayos del sol, se destacaba el brazalete, colocado en elegantísimo estuche de terciopelo azul.

Catalina Beighton estaba impaciente, qui-

zá de un modo excesivo, por entrar en liza, y á la hora y en la tarde designadas todo Sinla, unos en coches y otros á caballo, se dirigió al lugar donde iba á celebrarse una especie de juicio de París, vuelto al revés.

Catalina montó á caballo y se encaminó al hipódromo, acompañada por Cubbon, que parecía visiblemente emocionado; pero importa declarar que el pobre chico fué completamente extraño á lo que ocurrió después.

Al llegar, la joven, que estaba pálida y nerviosa, miró con fijeza y durante mucho tiempo al brazalete.

Barr-Saggott, espléndidamente vestido, estaba todavía más nervioso que Miss Beighton y más horrible que nunca.

La señora Beighton sonreía con la protectora dignidad propia de la madre de todo un comisionado; y después de colocarse los espectadores formando un semicírculo, la fiesta comenzó, saliendo unas en pos de otras, las que se disputaban el premio, á colocarse en el lugar señalado para tirar.

Nada hay tan aburrido como estas diversiones. Los que toman parte en la fiesta, disparan y disparan hasta que el sol desaparece

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV. "ANTANA"
"CALLE DE LOS REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

y una ligera brisa se levanta entre los cedros.

Aquella tarde todo el mundo esperaba que Miss Beighton sería la vencedora.

Allá, en uno de los extremos del semicírculo, detrás de las tiradoras, estaba Cubbon, y en el otro se hallaba Barr-Saggott.

Catalina ocupaba el último lugar en la lista de las tiradoras.

Los puntos que habían hecho las demás eran pocos y parecía seguro que el brazalete y el señor comisionado le pertenecerían.

Barr-Saggott templó el arco de la joven con sus propias sacratísimas manos; aquella adelantó; lanzó una mirada á la alhaja, y su primera flecha dió en la mitad del círculo color de oro, por lo que los jueces le marcaron nueve puntos.

El pobre Cubbon se puso lívido, y el ángel malo de Barr-Saggott excitó á éste á que se sonriera, puesto que cuando sonreía hasta los caballos se espantaban. Catalina vió aquella sonrisa, volvió la vista en la dirección en que estaba Cubbon, hizo á éste una seña que él solo advirtió, y tiró de nuevo.

Desearía saber describir la escena que allí se desarrolló: fué la más extraordinaria é in-

verosímil que puede imaginarse. Miss Beighton apuntó con tan cuidadosa atención, que todo el mundo pudo adivinar perfectamente lo que se proponía.

El tiro fué perfecto; su arco de 46 libras la obedecía con admirable exactitud. Clavó las flechas con exquisito cuidado, no en el círculo color de oro, sino en los pies de madera que sostenían el bastidor, y, por último, colocó una en el remate de aquél.

Todas las señoras se miraban estupefactas, y Catalina, siguiendo su fantástico difícilísimo juego, empezó á disparar, cuidando de no colocar las flechas más que donde sólo ganara un punto.

Cinco flechas puso en el círculo blanco, con tal método, que demostró ser una tiradora admirable; pero como tenía que ponerlas en el dorado para ganar el brazalete y se vió que deliberadamente no lo hacía, Barr-Saggott se puso verde, de un verde delicado como el de las algas marinas.

Catalina siguió tirando sobre el bastidor dos veces más; después clavó otras dos flechas en el lado izquierdo, siempre alardeando de lo que hacía, y un estremecimiento de

frió recorrió el círculo de los atónitos espectadores, á la vez que la respetable Mrs. Beighton sacaba su pañuelo del bolsillo.

En aquel momento Catalina, acaso para demostrar de un modo más patente que hacía con el arco lo que se le antojaba, puso una flecha en el círculo rojo, ganando siete puntos, y concluyó clavando las dos últimas flechas en los pies del bastidor.

Su cuenta fué esta:

Oro.	Rojo.	Azul.	Negro.	Blanco.	Total de blancos	Puntos.
1	1	0	0	5	7	21

Barr-Saggott estaba de tal modo, que parecía que las últimas flechas habían ido á clavar-se en sus pantorrillas, y el sombrío silencio que produjo aquella escena, fué bruscamente roto por la voz chillona de una jovenzuela pequeña, chata y pintarrajeada, que gritó con aire de triunfo:

—¡He ganado!

La señora Beighton hizo esfuerzos heroicos para contenerse; pero no le fué posible, y rompió á llorar delante de todo el mundo. ¡No hay educación que resista tan horrible desengaño!

Catalina, por su parte, aflojó el arco, haciendo un gesto algo incorrecto, y se volvió á su puesto.

Barr-Saggott, entre tanto, trataba de demostrar que era feliz, colocando el brazalete en la muñeca flaca y coloradota de la chata.

La escena era embarazosa para todos; muy embarazosa, y cada cual procuró marcharse cuanto antes, dejando á Catalina entregada á las iras de su mamá; pero Cubbon se quedó para acompañar á la joven, y lo que sigue... no vale la pena de imprimirlo.

